

ALICIA BACKAL Y  
HELLEN SORIANO

**El día  
que murió  
Dios**

Fue un domingo cuando oí mi sentencia de muerte. El internista que me atendió en el hospital y que me conocía tan sólo desde hacía unos minutos, me lanzó su diagnóstico como un balde de agua fría: “Señora, usted tiene leucemia. Si quiere podemos hacerle algunos otros análisis para comprobarlo plenamente, pero yo en su lugar no perdería más tiempo y empezaría de inmediato con el tratamiento, la quimioterapia. ¿quiere que llamemos al oncólogo?”

¿Quimioterapia? ¿Leucemia? ¿Poco tiempo de vida? ¿Cómo era esto posible? Apenas hacía unas horas acababa de terminar un día tranquilo de descanso y ahora me decían que iba a morir. Mi mente se rehusaba a entender lo que oía. Seguramente era un error. Por alguna razón alguien había decidido jugarme una broma de mal gusto, pero ¿quién?, ¿quién podría hacerme eso?

Mientras tanto la hemorragia no paraba y mi ropa continuaba cubriéndose del tono rojizo oscuro del líquido que brotaba de mi encía. Antes de irme a dormir, ya en camisón y con la cara recién lavada procedí a lavarme los dientes. Todo era parte de una rutina de años, algo que hacía automáticamente. Esa noche, sin querer, me hice una pequeñísima cortada en la encía con la punta del cepillo. ¡Cuántas veces no me había pasado eso! Sólo era cuestión de enjuagar la boca y ¡listo!, a dormir.

Pero esa noche al meterme a la cama sentí que daba grandes tragos de sangre. A tal grado que empecé a mojar el camisón.

“¡Fabián, Fabián!” le grité a mi esposo que dormía plácidamente.

“Chula, ¿Qué pasa?” me preguntó entre sueños.

“¿Cómo que qué pasa? ¿No me ves? Estoy sangrando sin parar de una cortada en la encía. Mira, no puedo detener la sangre.”

Antes de que me pudiera dar cuenta de si me había escuchado o no, él ya se había parado y se estaba metiendo unos pantalones.

“¿Qué haces?”, le pregunté sin entender. “¿Cómo? Vístete tu también —me dijo— es este instante te llevo al hospital. Esto no me gusta para nada”.

Realmente no sé qué esperaba que me dijeran en el hospital, pero de una cosa sí estoy segura, no me imaginaba que fuera cáncer. No había tenido dolor, ni molestias, ni ningún otro de los síntomas que asociaba yo tal vez erróneamente con esa enfermedad. Sólo tenía un cansancio atroz, que me dominaba, que no me permitía funcionar, pero los atribuía al exceso de trabajo de los últimos meses. Pensé ingenuamente, que unos días de descanso era todo lo que necesitaba para reponerme. Cansancio, ni hablar, pero ¿cáncer?, ¿cuándo había dado el brinco?, ¿cuándo había pasado de una cosa a la otra?

Traté de recordar, en medio del pánico que me apretaba la garganta, a quién conocía que hubiera tenido esa misma enfermedad. Me vinieron a la mente mis dos tías, las hermanas de mi papá. Ambas habían muerto de cáncer. No, ese no era un buen punto de referencia. Necesitaba acordarme de alguien que lo hubiera sufrido, pero que ahora estuviera bien. ¿La esposa de Manuel, mi compadre?, pero ella también había muerto. Con mucho esfuerzo me recordé de una muchacha, una sobrina de una amiga mía. Si, ella, ¿qué le habían hecho? Me prendí de ese recuerdo como si hubiera encontrado un pequeñísimo rayo de esperanza. Tal vez...

No tuve tiempo de pensar más. El doctor Rubio, oncólogo del hospital, había dado órdenes de que me subieran a una camilla, ya que la pérdida de sangre me había dejado muy débil, y que me llevaran a un cuarto del tercer piso. Poco después unos líquidos brillantes de tono rojizo y azul empezaban a circular por mis venas.

Desde los cuatro años quedó bien claro en mi mente el hecho de que por ser la mayor de los hermanos, tenía algunos privilegios. En ocasiones me tocaba ayudar a mi mamá a cambiar los pañales de mi hermanita. Es increíble cómo a esa edad lo hacía con la mayor naturalidad del mundo y años más tarde cuando debía ayudar a que se durmiera el menor de mis hermanos (ya entonces éramos cinco), súbitamente me rebelé, estaba cansada de los brazos y desvelada.

“Pero mi hijita”, me preguntaba mi madre, “¿Cómo es posible que de repente ya no me quieras ayudar, de hecho lo has podido hacer bien todos los días, es que te pasa algo?”.

Realmente no había una explicación lógica. Decidí en ese entonces que no tenía porqué quedarme en casa cuidando a la tropa,

mientras mis amigas se divertían. Cambié o tal vez por primera vez, permití que surgiera mi personalidad. Yo también contaba, quería, deseaba, esperaba, anhelaba...

De manera sorpresiva, esa nueva libertad me hizo irresponsable. Sencillamente cambió de giro mi responsabilidad. Ahora había más claramente un enfoque hacia mí. En primer término estaban mis estudios. Me dediqué a ellos con el mismo gozo con el que lo haría por muchos años más, incluso hasta después de haberme casado.

Cultivé buenas amistades con las que conservo una estrecha relación hasta hoy en día y por supuesto me divertí. Fui a fiestas, conocí muchachos, tuve novios, me enamoré...

Quería evitar que mis padres supieran la gravedad de mi estado, por lo que decidí no avisarle a nadie de mi situación. Únicamente me comuniqué con mi hija mayor y con uno de mis hermanos. Les encargué mi casa, mis cosas, mi vida.

Así empecé mi lucha por sobrevivir.

Una vez iniciada la quimioterapia, se pidió la opinión de un hematólogo quien me diagnosticó, después de hacerme una biopsia de la médula, una leucemia mielocítica aguda y expresó la necesidad de aplicar una fuerte dosis de quimioterapia para intentar que la enfermedad entrara en "remisión".

Salió de la habitación y de inmediato entró una enfermera. Con ella hablé sobre los efectos de las drogas que me iban a poner.

Al salir me dejó unos folletos, los cuales leí sin protestar. Empecé a familiarizarme con los nombres de las medicinas, palabras que se volverían parte de mi vida cotidiana durante muchos días por venir.

Entendí que la combinación de la Ara-C con otras drogas que me aplicarían sería el "Protocolo". Supe que se me iba a caer el pelo, que tendría náuseas tremendas, que se me bajarían aún más las defensas, que era un riesgo que había que correr. Me enteré también de que al entrar al hospital venía yo sin plaquetas, cero, ninguna, nada que ayudara a mi sangre a coagular.

Aprendí también a distinguir entre leucemia grave y aguda; entre linfoblástica y mielocítica. Me empapé de información sobre temas que hasta entonces desconocía.

Durante cuatro días y sus noches recibí el tratamiento intravenosamente. Había ratos en que entraba en unos sueños profundos. A veces veía a mi abuelo (que había muerto a los 93 años de edad, apenas años antes), parado a la cabecera de mi cama; con la profunda

aflicción que sentía marcada en su rostro lleno de arrugas. Otras veces veía a Julia, mi nana querida, que constantemente se preocupaba por el suero y la quimioterapia. Era tal su pendiente, que en un determinado momento sentí su mano sobre mi hombro y su voz que me murmuraba al oído: “Niña, despierta, se te está filtrando el suero...”

Al abrir los ojos me di cuenta de que era cierto y llamé de inmediato a la enfermera. El brazo se me puso negro y se hicieron bolitas en la vena.

Sé que en esos momentos estaba yo más cerca de los muertos que de los vivos. Estuve entonces dos semanas en el hospital y mi abuelo me acompañó siempre; la voz de Julia, sus murmullos y sus caricias también estuvieron conmigo en todo momento. Visitantes esporádicos eran mi suegro a quien siempre quise mucho, mi abuela y mis tías que habían fallecido de cáncer.

Me casé a los dieciocho años. En ese entonces, era el único camino que podía tomar: matrimonio y maternidad. No había cuestionamientos, no se oía del feminismo ni de la liberación de la mujer.

Mis hijas nacieron una tras otra y a los 21 años era yo madre de dos. Mi vida giró de nuevo y una vez más guardé en la alacena mis sueños para dedicarme a ellas.

La mayor nació sin pelo, con la carita redonda y unos grandes ojos verdes. Aún hoy recuerdo las palabras de mi suegro al ver a su primera nieta: “¡Qué bonita está! ¡Es una lástima que nos haya salido calva!”. Lo decía un poco en serio, otro poco en broma. Tal vez pensaba que siempre se iba a quedar así, ya que él sí estaba calvo desde hacía tiempo.

La segunda, para tranquilidad del abuelo, nació con unos delicados rizos castaños.

Yo me preocupaba por todas las actividades de la vida diaria. Las llevaba al parque, al zoológico, a la feria chica de Chapultepec. Tomábamos helados, jugábamos con la pelota, las enseñé a subirse al triciclo y a pedalear y con el tiempo a andar en una bicicleta de dos ruedas.

A los cuatro años de la segunda nació mi tercer bebé. Un niño hermoso de cuatro kilos y medio, que se parecía mucho a su papá. En ese entonces ya sus hermanas iban al kinder y yo me quedaba en casa con él. Era un niño dócil y cariñoso que a todos nos conquistó el corazón. Al grado que acabó por romper todas las muñecas de sus hermanas y éstas nunca protestaron.

Tres años después tuve a mi última hija. Me habían aconsejado que buscara otro hijo para que mi bebé no se sintiera tan solo, pero al pobre le llegó otra hermana para completar el cuadro femenino de la casa. “No la traigas a la casa —me dijo cuando le llamé del hospital para avisarle la noticia— tírala a la basura y no vengas con ella”.

La pequeña aceptó desde un principio las reglas del juego que el hermano le impuso. La mecía cuando estaba dormida, le daba dulces cuando ya había comido y la enseñó a jugar pelota para tener con quien jugar fútbol en el patio.

Sin embargo fue la consentida, a la que todos echábamos a perder, una niña alegre y risueña que siempre estaba de buen humor.

A las dos semanas me dejaron regresar a casa. Qué extraño, pensé. Todo lo que habían advertido los médicos y las enfermeras sobre los efectos secundarios de la quimioterapia, había resultado ser nada más que una falsa alarma. Me preparé a tomármela con calma y esperar a que en un par de meses más tuviera que internarme de nuevo para recibir la segunda dosis del “protocolo”.

¡Qué ilusa fui esos primeros días! Antes de cumplir la primera semana, había yo entrado de lleno al mundo de las pesadillas. El pelo se me caía en mechones, las encías y el recto me tenían casi inconciente del dolor.

Al lavarme los dientes —cuando podía y tenía fuerzas— se me caían trozos de encía. Los escupía y los veía desaparecer por la tubería. La fístula del recto me hacía gritar de dolor cada vez que iba al baño. Esta apareció por la medicina que me daban para bajar la alta temperatura, era yo alérgica a ella, además de que me constipó del estómago durante tres días.

Casi no podía comer, empecé a perder muchísimo peso. Las calenturas siguieron altísimas. Me hacían delirar toda la noche y me bañaban en sudor.

A estas alturas se volvió imposible seguir manteniendo mi estado en secreto. Mi hija vino a cuidarme y se convirtió en mi enfermera las veinticuatro horas.

Me ponía hielo en la frente y compresas calientes por detrás. Me preparaba té de árnica para enjuagarme la boca después de cada comida y aprendió a prepararme unos licuados con huevo crudo y plátano para que no me desnutriera por completo.

¡Qué tiempo tan difícil! Mi debilidad era tal que me costaba un esfuerzo sobrehumano cualquier actividad, hasta las más triviales y

cotidianas como levantarme de la cama, ir al baño, comer por mí misma. Sentía dolor en todas partes.

Cuando me metían a la tina y mi hija o mi hermana me enjabonaban, pensaba..." esto no es real, estoy soñando".

Dos veces por semana debía ir al hospital a ver al médico para que me hiciera una biometría y vieran cuántas plaquetas tenía. El corto trayecto en el coche me parecía tan difícil como cruzar el océano a nado. Al llegar creía que me iba a desmayar. De la noche a la mañana me vi convertida en una piltrafa humana. No servía para nada, ni podía valerme por mí misma.

Me bañaban, me vestían, me cambiaban, me daban de comer como si fuera bebé recién nacido. Veía a mis hijos turnarse para cuidarme y pensaba: "Cómo han cambiado los papeles, ahora son ellos lo que me cuidan a mí".

Cuando mis hijos empezaron a crecer, decidí que tenía que hacer algo por mí, por mi superación propia. Me acordaba siempre de lo que había pronosticado el maestro de latín: "Te vas a convertir en una vieja gorda y fodonga, sólo dedicada a tener hijos".

Decidí que esa profecía no se iba a volver realidad. Me inscribí de nuevo en la Universidad, volví a hacer el examen de admisión. En la fila para entrar al salón de exámenes miraba a mis compañeros y pensaba: "¿No estaré demasiado vieja para volver a empezar? Pero seguí adelante e hice el examen. Al otro día tenía una fuerte colitis por la tensión nerviosa.

Empecé con la carrera que siempre me había atraído, la de historia. Quería tomar todas las materias de golpe, pero por los niños me contuve. Cada semestre elegía el horario que no interfiriera con sus actividades y además estudiaba de noche o hacía los trabajos de investigación.

Tenía deseos de concluir el ciclo, ya que con la literatura y la filosofía no había tenido éxito. A la primera le dediqué dos años y a la segunda cinco sin obtener el grado.

Me sentía bien, disfrutaba del estudio y poco a poco me fui convenciendo de la necesidad de tener un título. Le agradecí a la maestra de filosofía que me ayudara a tomar la decisión cuando dijo: "Ya no hables tanto, Angélica, ya sabemos cuál es tu deseo. Si quieres realmente volver a la universidad, regresa ya. Mañana son las inscripciones".

Realmente me costó trabajo encontrar todos mis papeles y constancias para presentarme en la ventanilla y hacer mi solicitud de reingreso, ya habían pasado diez años y para mí en realidad era “un nuevo ingreso”.

Toda la experiencia me resultaba muy emocionante. Estaba yo como niña chiquita a la que sueltan en una juguetería y le dicen: “Escoge lo que tú quieras”.

Cerca de un mes después de mi primera quimioterapia vino a visitarme una prima a la que estimo mucho y me dijo: “Angélica, quiero que pienses si es conveniente que te sigas tratando con ese médico y en ese hospital. Recuerda que llegaste ahí porque era el más cercano y que el médico que te diagnosticó fue el que estaba de guardia. Yo lo comprendo, en ese momento no había tiempo que perder y sé que tomaste la decisión correcta, considerando las circunstancias. Sin embargo ahora ya puedes comparar, debes pedir otra opinión, tu caso es muy delicado y no deberías confiarte.

Yo te recomendaría que fueras a un centro especializado en cancerología y pidieras un diagnóstico y una sugerencia para continuar con los tratamientos.

El doctor que te trató —continuó mi prima— es ya una persona mayor tal vez no esté al corriente de los últimos avances, yo he escuchado que además de la quimioterapia, en estos casos se puede hacer un trasplante de médula. ¿No has pensado en todo eso?. Pues no, realmente no lo había pensado, nunca había pensado, nunca había escuchado hablar de un trasplante de médula, sólo de corazón o de hígado. La única verdad es que sólo me había concentrado en sentirme mejor. Pero me plantó una semilla de duda que fue creciendo en los días siguientes hasta que finalmente le hablé por teléfono. Ella sabía de un lugar que me podía recomendar.

Llamé al médico e hice una cita para ir a verlo. Me acompañó Fabián, mi esposo y una de mis hijas. ¡Qué bueno que no fui sola! El lugar era importante y el médico también. Mis nervios eran tales que no registré una sola palabra de lo que decía.

Al llegar a la casa le pregunté a mi hija: ¿Qué te pareció el doctor?, cuando en realidad le quería decir: ¿Dime qué me dijo el doctor, porque no entendía nada?.

El médico fue muy brusco y muy directo. Me dijo en pocas palabras: “Señora, usted está gravemente enferma y si no se trata, quiero que esté conciente de que puede morir en un lapso breve, es



decir, en cualquier momento. Pero si sigue nuestro tratamiento quizá logremos que muera de vejez”.

Me impresionó su profesionalismo y después de meditar todos los aspectos negativos y positivos, decidí ponerme en sus manos. Resonaban en mis oídos unas palabras que me había dicho: “Nuestro tratamiento es muy agresivo. Vamos a empezar con una dosis de quimioterapia de nueve días y si la enfermedad entra en remisión pensaremos en buscar un donador para hacerle el trasplante de médula”.

Lo último no lo comprendí muy bien, pero lo primero me dejó fría: una dosis de quimioterapia de nueve días. ¿Cuáles serían los efectos secundarios que tendría, si cuando me dieron cuatro días de tratamiento me estaba muriendo, ahora serían nueve?.

Platiqué extensamente con la familia y con algunos médicos de mi confianza y todos opinaron que debía seguir adelante.

Mi suegra expresó claramente su posición con respecto a mis estudios universitarios: “Vas a abandonar a los niños, tu marido estará solo, en tu casa no van a tener nunca la comida lista ni las cosas en orden”.

A pesar de ello empecé a asistir a las clases en la facultad. Durante los primeros semestres tuve la posibilidad de elegir cursos matutinos; pero más adelante me vi obligada a estudiar también algunas tardes. Esos días, al salir de la casa, recordaba siempre las palabras de mi suegra: “Voy a hacer todo lo que pueda para que su comentario no se vuelva realidad” me prometía a mí misma.

Como ya dije, los trabajos y exámenes los preparaba de noche, cuando ya la familia dormía. Nunca dejé de acompañar a mi marido al cine, a fiestas o a reuniones sociales. Necesitaba que cada día tuviera más de veinticuatro horas para que me alcanzara el tiempo para todo lo que tenía que hacer. A veces me sentía agotada, pero otras, eran tales los bríos que me infundía el ir a la Universidad que me sentía capaz de vencer cualquier obstáculo.

Me empapé de nuevo de juventud. Mis compañeros de estudio eran mucho menores que yo, pero me aceptaron como una más del grupo. Organizábamos reuniones e intercambiábamos regalos de navidad. A mis hijos los consentían mucho. Se volvieron las mascotas del grupo y yo era la que planeaba y hacía las despedidas de soltera de mis compañeras cuando se casaban.

Después de cinco años, finalmente me recibí. No podía creerlo. Ya tenía mi licenciatura. Me envolvía la felicidad. Me sentía realizada como esposa y madre, además como persona.

Mis hijos cada vez se hacían más grandes, por lo que pensé que me gustaría entrar a trabajar y retribuir a la universidad un poco de lo que ella me había brindado.

Me inicié dando clases en la Escuela para Extranjeros, con una materia. Después fueron dos con el verano intensivo. De ahí pasé formalmente a dar clases regulares en el semestre. Mi mayor problema era que mis horarios coincidieran con los de mis hijos en la escuela. Deseaba estar con ellos el mayor tiempo posible.

Dar clases fue para mí una experiencia maravillosa, no sólo porque me obligaba a mantenerme actualizada en mi profesión sino porque me hacía sentir productiva y más que nada, joven.

En algún momento mis padres se enteraron de la gravedad de mi situación. A mi madre le parecía extraño que yo casi no tuviera pelo y que estuviera sufriendo tanto con problemas en la boca y en el recto. En un principio la mantuve engañada, diciéndole que tenía una infección en la sangre y que era el resultado de tomar tantos medicamentos. No quería preocuparla de más, creía que por su edad no era conveniente hacerle pasar tantas angustias.

Pero un día fue ya imposible esconderse lo ya que me dijo: "Dice Roberto —esposo de una prima mía y médico además— que no es posible que te esté sucediendo esto tan sólo por una infección en la sangre. El dice que debes tener algún tipo de cáncer, pues si no, no se te caería el pelo".

Desde entonces fue difícil seguir ocultando mi enfermedad. Para mí fue mucho mejor, ya que me percaté del error que había cometido al tratar de ocultar lo que tenía. Sólo había conseguido confundir a mis padres y cargarme de una angustia que en esos momentos no era buena para mí.

Mi padre vivió unos días de mucha culpabilidad al enterarse. Después de todo su padre y sus dos hermanas habían muerto por causa de esa enfermedad. Hablé mucho con él y le expliqué que la leucemia no era hereditaria y que ninguno de ellos había muerto por esa causa.

Había estado durmiendo muy poco. Me recetaron Benadryl para ayudarme a conciliar el sueño. A veces me levantaban unos tremendos dolores de cabeza. En las noches seguía sudando mucho por

las altas temperaturas, al grado de que me llegaban a cambiar cinco veces de camión y a veces hasta las sábanas acababan empapadas.

Un día fue tal el dolor de cabeza, que mi hermana que me cuidaba en ese momento se asustó y llamó al hospital. El médico dio órdenes de que me internaran de inmediato. Me hicieron una nueva biopsia de la médula y una punción en la espina dorsal antes de iniciar de nuevo la dosis de quimioterapia.

Fue así que me interné una segunda vez. En esta ocasión en la clínica de cancerología, donde el "protocolo" fue de nueve días.

Ahora no salí a las dos semanas, me retuvieron ocho semanas ahí. Era imperativo atender todos los efectos colaterales de la droga y cada vez eran más. No sólo las náuseas, o las encías que me hacían lavar con un cepillo especial tres o cuatro veces al día, sino que las calenturas y las infecciones se dieron en forma interminable. De pronto eran los ojos que no podía abrir o las manos hinchadas y rojas. Diarreas constantes, dolores de estómago, hasta una paralización del intestino.

Fueron largas semanas de sufrimiento, algunos días metida en una especie de congelador para bajar la temperatura, lo cual me causaba una tortura especial. Otras veces con una temblorina insoportable que en ocasiones me causó desmayos. En los ojos me ponía mi hija fomentos de té de manzanilla y compresas calientes en las manos.

Para no estarme picando tanto las venas, decidieron ponerme un catéter que llegaba a la vena aorta y que tenía tres salidas: era lo más nuevo, le llamaban catéter "Hickman". Este tenía tres salidas, por una me tomaban sangre, por otra me daban antibiótico y por la tercera introducían el suero. Una enfermera me trajo información sobre el uso y cuidado del catéter.

Fue un tiempo que pasó lento para todos. Nadie sabía cuál podía ser el desenlace. No se pensaba en el trasplante, antes había que ver cómo me sacaban de todos los problemas causados por la quimioterapia.

El pelo no me preocupaba, a veces me daba frío en la cabeza y me ponían un gorro del hospital. Entraba yo al baño y no quería verme en el espejo, sólo pensaba: "Cómo pueden acabar con uno en unas cuantas semanas, realmente lo pueden convertir en un monstruo".

Me dolía mucho el recto y para ello me consiguieron una tina de plástico de bebé, en la cual me sentaba todas las mañanas y a veces en las noches.

No podía comer casi nada, así que bajé de peso nuevamente. Mi mente volaba, pensaba en cosas cotidianas, pero sobre todo en salir del problema.

Diario era una sorpresa diferente, había veces que había que hacer un ultrasonido del intestino, otras que me bajaban en la silla de ruedas corriendo por los pasillos para tomarme un radiografía de los pulmones o del estómago.

Durante la noche tenía pesadillas constantes, sentía que estaba cerca de la tumba, recordaba los días anteriores al diagnóstico y el día fatídico en que me dieron la noticia. El día que murió Dios. “No es posible —pensaba en mis adentros— ¿Por qué me sucedió esto, es que no he sido creyente, no he guardado las tradiciones de mis antepasados? ¿Realmente hay un Dios? ¿Se ha olvidado de mí, o me tocó ya la hora de enfrentarme a lo que significa el fin de la vida?”

Cada mañana entraban al cuarto del hospital diferentes grupos de médicos, unos eran los especialistas en las drogas para la quimioterapia, otros cuidaban las infecciones y cambiaban de antibióticos y los terceros eran los responsables del trasplante.

El problema era que las plaquetas no aumentaban, la calentura no disminuía y cada grupo de médicos o enfermeras externaban otra opinión sobre el caso.

Un grupo decía que lo mejor sería darme unas tres sesiones más de quimioterapia para lograr la remisión total; los otros insistían en que mi salvación estaba en el trasplante. Yo recordaba las palabras del doctor Rubio: “Señora, a su edad ya no se puede dar el trasplante, eso es para jóvenes, usted ya pasó de los cuarenta”.

Después de la octava semana en el hospital, las plaquetas empezaron a subir un poco. El doctor decidió dejarme salir y que me repusiera en la casa.

Dicen que para recuperarse de la “quimio”, se necesita un año por cada día de tratamiento, me habían dado nueve días de tratamiento. Pensé que eran muchos años, nueve, que quizá no lograría vivirlos. Me daban un alimento especial para engordar, se llamaba “ensure”, además el famoso “desayuno instantáneo” que contenía minerales, vitaminas y proteínas, el que revolvían en la licuadora con un huevo, plátano y una bola de helado. Me hacían espagueti y cremas para engordar, las cuales me caían pésimo al estómago.

Me sentía muy débil, así que aceptaba que me bañaran en la tina tres veces al día. En algunas ocasiones, mi hermana me leía parte de su novela sentada encima de la tapa del excusado. De vez en

cuando alguien entraba a enseñarme fotos de los niños. Ya no me importaba que me vieran desnuda y pelona. A todo se acostumbra una.

Fabián me rogaba que usara la peluca que me había regalado, pero me molestaba usarla en la cabeza de rodilla y prefería algún gorrito de toalla. Mi padre salió a la calle y me los compró de todos colores. Me llamaba la atención verme sin cejas, ni pestañas, pero mis uñas muy largas. Esas sí crecían.

Luego me di cuenta que no tenía pelo en ninguna parte del cuerpo, estaba lisito, parecía piel de recién nacido. Tampoco el pubis tenía nada.

Todo el día me la pasaba en la cama, en el sillón de la sala o un rato en la terraza viendo el mar. La naturaleza era lo que había extrañado más en el hospital, las flores, los árboles, el mar. Qué bueno que podía verlos de nuevo.

Muchas personas llamaban por teléfono para saber de mi salud. Mi papá contestaba, agradecía y anotaba el nombre en una libretita para que yo supiera y pudiera dar las gracias después.

Mi revisión seguía siendo constante. Era importante saber cómo estaban mis defensas: las plaquetas.

Mi madre trataba de darme de comer como buena “mamá judía”. Realmente era difícil porque todo me caía mal. Además no podía leer, ni siquiera ver televisión, ni platicar por mucho tiempo, sentía la cabeza cansada, el cerebro agotado.

A veces tenía yo cierta ambivalencia, por un lado decía: Qué pérdida de tiempo y por el otro, cuánto he ganado. Ya llevo cuatro meses, superé las dos semanas que me habían dicho, al principio, que iba a vivir.

Las visitas al hospital continuaban, me revisaba el médico que aplicó la quimioterapia y además el jefe del Departamento de Trasplantes. Cada uno tenía su propia idea de cómo debía continuar mi tratamiento.

En la universidad me dieron un medio tiempo y poco después me ofrecieron mi primer puesto de funcionaria. Eso me halagó mucho y me levantó el ego. Realmente me gustaba y además los hijos empezaban a casarse y decidí no ser una suegra metiche.

Mi carrera profesional inició su meteórico ascenso al ir aceptando un puesto tras otro; ya no era medio tiempo sino que algo más que un tiempo completo. Me sentía contenta pero a la vez muy pre-

sionada, porque a cada momento recordaba las palabras de mi suegra. La verdad es que mis hijos y mi marido estaban antes que cualquier otra cosa, eran prioridad en mi vida; pero por ello estaba decidida a seguir adelante y no ser una carga para ninguno.

El tiempo no se detenía. Por ello era muy importante vivir cada momento. Combinaba las bodas con las clases y con la dirección del área cultural.

No había horarios, a veces había que solucionar algunos problemas y salía más tarde. El trabajo era vasto y se complicaban las situaciones familiares; en ambas tenía yo que estar siempre.

Anhelaba ya el año sabático. Este llegó para "hacer adobes". Me comprometí en otro proyecto que implicaba todo mi tiempo y mis energías, había que producir libros en un año, a granel. Me gustó el reto y lo acepté, me sentía productiva y cada vez aprendía algo nuevo. Por otro lado seguí asistiendo a la universidad, concluí la maestría y el doctorado.

Me sentía con la vida por delante y la salud la daba por un hecho. Era joven y tenía que sacar todo el provecho posible a los años. La labor editorial salió muy bien pero con la merma de mi salud, ya no sólo fue gastritis, sino que ésta se convirtió en una úlcera. Pensé renunciar y descansar un poco, pero se vino el cambio de director en la facultad y un grupo de amigos se me acercó para ofrecerme participar como candidata a la dirección.

De cuarenta y siete personas que había en la lista, quedé entre los tres que conformaríamos la terna.

Me sentía orgullosa por mis logros, además con el apoyo de la familia y los amigos. Fue una época muy difícil, había que hacer campaña, estar en todas las reuniones, presentar un proyecto académico y contestar a todas las inquietudes de los estudiantes, que a veces estaban preparados para agredir al igual que algunos periodistas. Aprendí rápidamente qué es una contienda política, se valía de todo, la honestidad no se podía demostrar porque aparecía alguien que decía lo contrario. Los ataques llegaban por doquier y generalmente sin avisar.

Los desayunos de trabajo eran frecuentes, muchos grupos se acercaron a mí para plantear sus necesidades y sus problemas. El panorama se me iba aclarando y me parecía aterrador, pero ya no era el momento de echar marcha atrás.

Fui llamada a presentar mi programa ante la Junta de Gobierno de la Universidad. Allí uno de los presentes sacó de su bolsillo un

papel doblado donde aparecía mi licencia para concluir el proyecto editorial; permiso que solicité por tres meses para concluirlo. Yo misma había fotocopiado este documento y lo hice circular, queriendo demostrar mi honestidad y la fecha en que lo solicité que era bastante anterior a esta lucha política. Creo que se entendió a la inversa, tal vez pensaron que la universidad estaba para mí en segundo plano. Lástima que fue mal interpretada mi valentía. No fui elegida al puesto de directora.

En el fondo le agradecí a la vida que me dio la oportunidad de participar pero que no me había obligado a dar cuatro años de mi vida a esta función que ameritaba todos los esfuerzos posibles. Quizá el hecho de ser mujer también había estado en mi contra. Fue una frustración para todos, sobre todo para los que estaban ya decididos a aceptar un cargo dentro de mi administración.

En realidad yo había entregado muchas de mis fuerzas a esa escuela. Tal vez hubiera dado mi salud por sacarla adelante, pero el destino decidió por mí.

Aunque siempre fui ecuánime y sensata, los enfrentamientos con los otros candidatos me habían hecho que empezara a tomar calmantes, ya que el estrés era fuerte.

Me aconsejaron cambiar de ambiente, salir de ese área de la universidad. Me ofrecieron la subdirección del personal académico y lo acepté.

La bola de nieve seguía creciendo y yo no sentía cómo me estaba arrastrando. Ese año fue muy pesado y de muchos retos. Tuve que aprender cosas nuevas y presentar proyectos y actividades constantemente. Empecé a sentirme cansada física y mentalmente. En varias ocasiones intenté renunciar, pero la renuncia no me era aceptada. Nunca me imaginé que mi salud estaba tan quebrantada, que dos días después de los festejos de fin de año estaría en la sala de emergencia de un hospital donde el médico me anunciaría a las doce y media de la noche: "Señora usted tiene leucemia aguda y hay que tratarla porque su situación es muy grave".

Un día sonó el teléfono y era el doctor Elfenbein, director del Departamento de Trasplantes del hospital. Me comunicó que era importante que me presentara a la clínica porque ya me habían programado para sacarme mi propia médula, ya que parecía que estaba yo en remisión y era momento adecuado.

Realmente no sé si me alegré o asusté. Tenía ya que enfrentar el problema: aceptar más tratamientos de quimioterapia fuertes o decidirme por el trasplante de médula.

Le pedí consejo a mi familia, yo creo que ellos tampoco sabían qué decir, deseaban verme sana, pero la decisión la debía tomar yo... Decidí internarme al otro día para que me sacaran la médula. Había leído mucho sobre leucemia y los bancos de sangre para obtener un donante compatible. Era muy difícil y tardado, al grado que podía ser demasiado tarde.

Leí que al cantante José Carreras le habían hecho el trasplante y que estaba reaccionando bien. Que una mujer había decidido tener otro hijo para salvar a su hija de la leucemia. Por otro lado me hablaba una parienta de la ciudad de Boston, diciéndome que ella manejaba un banco de sangre, que tenía muchos donantes originarios de la misma zona de Rusia de donde eran mis padres, que me fuera para allá, tal vez había un donante compatible conmigo. Sentía yo las vibras positivas por todos lados, así que acepté que me sacaran, con anestesia general, mi médula y la limpiaran y la congelaran; para devolvérmela después. Es decir, sería un autotrasplante. Ya no había marcha atrás, la médula se quedó en el refrigerador del hospital.

Unas semanas después me invitaron a conocer el Departamento de Trasplantes. Me enseñaron las camas, los enfermos de diversos tipos de cáncer y ahí mismo me programaron para la semana siguiente.

El 17 de mayo se inició la nueva quimioterapia, la iban a poner de día y de noche, levantándome cada media hora para cuidar los riñones. Debía yo orinar cada vez que me despertaran. Fueron once días continuos de quimioterapia, monitoreada por todos lados.

El cuarto era realmente como una "burbuja", donde todo estaba detrás del vidrio. Había un gran aparato que hacía circular el aire fresco pero que hacía un ruido infernal día y noche. Pero el colmo fue que no podía entrar al baño. Tenía que hacer mis necesidades en una silla que pusieron frente a la cama.

El médico que venía dos veces al día a visitarme, me dijo que me darían un día de descanso para aplicarme después mi médula.

Mis hermanos no habían sido compatibles conmigo, ninguno. Me sentí hija del lechero, pero contenta de que no los tuvieron que molestar; sobre todo porque mi hermano iba a ser papá de nuevo y estaba muy preocupado de que las dos cosas se fueran a dar al mismo tiempo.



Mi marido y yo estábamos pendientes de todo, me sentía la mujer biónica con tanto aparato y tantos controles para todo mi organismo, sobre todo para el corazón, el hígado, los riñones y pulmones. Además conectada con el catéter al suero, a los antibióticos y a unas bolsas de alimentos y grasas.

Fue una verdadera experiencia el “trasplante”; ver cómo pasaba ese líquido rojo de nuevo a mi cuerpo. No sentía ninguna molestia. Estaba asustada de las posibles reacciones de la “quimio” y de las consecuencias de ese trasplante: ¿cómo lo aceptaría mi cuerpo? Fueron unas cuantas horas de suspenso, pero al fin terminó. El médico se retiró y entró una enfermera a colgar un calendario en la pared. No entendí al principio para qué serviría, pero era para llevar el control diario de las pruebas de sangre, de las transfusiones y del aumento de las plaquetas.

A pesar de que el “protocolo” que me dieron fue mucho más agresivo que los anteriores, las reacciones fueron menores. Durante dos semanas no probé bocado, me alimentaban por la vena, según mi peso normal y mi estatura. Me cuidaron mucho la boca, las náuseas, el recto y cualquier otro síntoma que tuviera.

Un día ya no pude tragar ni una gota de agua. Me hicieron pronto una endoscopia y encontraron todo el esófago y estómago llagados. Por lo que decidieron que nada por la boca hasta ver cómo se iban mejorando las úlceras. Me pusieron la morfina a mi disposición, con órdenes de que cuando sintiera dolor, oprimiera el botón y ya. Me gustaba la idea de no sufrir, de no sentir dolor, pero me asustaba el hecho de volverme adicta.

Decidí no pensar más en esto y usar la morfina cuando fuera necesario.

El cuartito era pequeño, tenía una ventana que veía hacia un parquesito con un árbol. Ahí me pasaba las horas mirando hacia afuera y envidiando a todos los caminantes.

Diario pensaba: ¿Cuándo saldré de aquí, saldré caminando o dentro de una caja de madera?

Mi vecina del cuarto contiguo a la cual le hicieron el trasplante un día después que a mí, había muerto. Le falló el hígado y por lo tanto el corazón. La médula se la había donado su hermana. De nada sirvió.

Al vecino de enfrente lo tuvieron que amarrar porque salió corriendo de su cuarto al pasillo. Traté de no enloquecer, que el ruido del aire pareciera la música de Wagner. Había una bicicleta estática y

la puse junto a la ventana y empecé a pedalear, a veces varias horas al día.

Recibía visitas de una en una y por lapsos breves. Todos debían ponerse a la entrada una bata, unas pantuflas y un bosal para no contagiarme de microbios. Venía diariamente una psicóloga y una terapeuta que me ponía a hacer ejercicios con las manos y los pies. Había momentos que me agarraba la desesperación, que quería también huir o gritar. Entonces pedía un calmante y me lo daban.

Así me los fueron dando todos los días y me acostumbré a ellos, los necesitaba para seguir adelante. En las noches pedía algo para dormir, unas veces me daban, otras no querían. Muchas noches las pasé en vela con la mente en blanco. Cuando empezaba a dormir entraba una enfermera negra cantando unos salmos, me ponía nerviosa pero no me atrevía a decirle nada, porque era su deber tomarme los signos vitales.

Así pasaron nueve semanas y las plaquetas no subían, ni los glóbulos blancos o rojos.

El doctor y su séquito me visitaban todos los días, al igual que la diestista o las enfermeras que tenían que limpiar la silla que me servía de excusado.

Parecía una carrera de caballos, entre los que estábamos en los seis cuartos de ese ala del hospital. Era importante saber cómo iban las cuentas del vecino, a quién le habían subido un poco las plaquetas y quién saldría primero.

Cada día amanecía esperando los resultados y viendo las fotos de mis nietos pegadas en la pared. Eso me daba ánimos y me alegraba el alma. Además, mi hija colgó un diploma que decía a la "mejor mamá". No sólo estaba yo preocupada, sino el médico también. Un día entró la enfermera a preguntar si mi marido sabía cocinar y hacer quehaceres de la casa, porque quizá me iban a dejar salir del hospital aunque tuviera muy bajas las plaquetas, pero que no podría yo hacer absolutamente nada. Mi esposo se asustó, mandó llamar a mi hermana y a mi hermano para que lo ayudaran.

Rentaron un pequeño departamento cerca del hospital, pero lo tuvieron que desinfectar completamente con cloro antes de que yo llegara ahí.

El baño se tenía que lavar después de que alguna persona lo utilizara y me prohibieron salir de la casa, solamente podía caminar entre los árboles, no debía estar con mucha gente.

Dos veces al día debía ir al hospital para que me tomaran sangre y si era necesario me hicieran una transfusión.

Los días pasaban lentamente, salíamos a caminar un rato entre los árboles además de ver un poco de televisión.

Una amiga me mandó las gacetas universitarias, empecé a leer un poco y recordar aquellos tiempos. Cada día me volvía más la posibilidad de concentrarme, aunque seguía muy débil.

Las transfusiones continuaron, tanto de sangre como de plaquetas, a veces me las ponían cada tercer día. Me daban benadryl con aspirinas u otras medicinas que no la contenían y me dormía por un rato en el sillón de la clínica.

El mayor problema era cuidar que no se me infectara el catéter. Había que limpiarlo diariamente, por sus tres salidas, pasarle a través de cada una un líquido que las mantenía abiertas. A un principio lo estuvo haciendo mi hermana, luego decidí hacerlo yo sola, pero me era difícil, lo tenía muy cerca de la vista; así que buscamos un enfermero que lo viniera a hacer a la casa.

Pasaban los días y mis cuentas de sangre seguían muy bajas. El doctor sugirió entonces dos cosas: la primera era ponerme unas vacunas mensuales y la segunda que me pusieran una droga que apenas había salido y estaba ya aprobada por el gobierno que me ayudaría a subir las plaquetas.

Acepté y llegué de nuevo al hospital para que me la pusieran. Ahí me enteré que debía internarme por quince días y me dieron a leer y firmar lo que me iban a hacer. En uno de los tres párrafos decía que los riesgos de la droga era que me podía causar una "leucemia". En ese momento tomé otra gran determinación: no me pondrían esa droga; yo haría todo lo que me dijeran para que subieran las plaquetas. Si tenía que reirme, lo haría todo el día.

El doctor no estaba convencido de mi buena decisión, él deseaba ayudarme y hacerlo pronto.

Me opuse definitivamente. Decidí que me iba a cuidar aún más, que trataría de comer mejor, de caminar más entre los árboles, y que me pusieran las vacunas contra la pulmonía.

Las transfusiones continuaron, sobre todo las plaquetas, al grado de que mi sangre que era O+ adquirió un anticuerpo o sea un Anti-K. Ahora tenía que cuidarme más aún y para que alguien me diera sangre debía ser totalmente compatible hasta con el anticuerpo.

Decidí colgarme una plaquita en el cuello por si tenía alguna emergencia lo tuvieran presente. El catéter, después de casi ocho

meses, empezó a dar problemas, parecía que había una infección, así que el mismo día me lo quitaron.

De ahí en adelante me volvieron a sacar la sangre de la vena. Realmente eso ya no me importaba mucho, sabía ya cómo curarme los brazos cuando se ponían negros, había que meterlos en agua caliente tres o cuatro veces al día.

Me acostumbré a usar el tapabocas y la peluca. No iba a lugares donde hubiera mucha gente. Empecé a ir al cine a los matinés, a pasear por lugares llenos de vegetación y a mirar el mar cuando podía. Cada día me parecía un regalo de Dios, quizá éste en realidad no había muerto. Ya no hacía planes, ya no corría, no tenía prisa, me sentía hasta cierto punto triunfadora.

Cumplía un año desde aquel día en que me dijeron: “tiene leucemia”.

En ese momento, en la camilla del hospital, reviví paso a paso mi vida. Sentía que a pesar de haberla vivido intensamente, me faltaba mucho por hacer.

Quería platicar con mis hijos, decirles lo mucho que los quería y lo orgullosa que me sentía de ellos; quería pedirles que no se alejaran, que se mantuvieran unidos y se ayudaran uno al otro. Pedirles perdón por haber vivido mi vida de esa forma, asegurarles que siempre pensé en ellos antes que nada, pero decidí no ser una carga para ninguno en la vejez.

Entonces no medité nunca que quizá no llegaría a vieja y que antes de planear y decidir el futuro hay que vivir el presente sin dejar nada para mañana.

El pendiente que tenía era ese, el estar más con ellos, compartir más sus vivencias y platicarles las mías.

Pensé mucho en mis padres, sobre todo porque sentía que les quedaba a deber tiempo, por no haber estado más con ellos. Y sobre todo con mi marido, que siempre me había apoyado en todas mis locuras. Ya no festejaríamos nuestro cincuenta aniversario de bodas. Pensé también que no había dejado un testamento, que mis hijos debían saber dónde guardaba yo mis joyitas para que se las repartieran y las gozaran. Sobre todo me preocupaba mucho que encontraran mi closet sin arreglar.

Me dolía constantemente la cabeza, así que a veces caía yo en un sueño profundo, pero la sensación en general era de pérdida total. Se había terminado mi vertiginosa carrera, todo quedaba atrás, lo

material no servía para nada. Me quitaron hasta los anillos cuando entré al hospital para recibir la primera dosis de "quimio". Ahora que vuelvo los ojos hacia atrás, recuerdo que me resistí a aceptar la quimioterapia, mi esposo trató de persuadirme que era el único camino y que había que luchar por salir adelante. Había que sobrevivir. El no deseaba quedarse solo.

No sé si no quería sufrir o que no me compadeciera nadie. Sabía de muchos casos que a pesar de los tratamientos pesados no se habían salvado.

Así pasaron los meses, cien días después del trasplante. Me sentí contenta, ya me dejaban ir a un restaurante, a alguna reunión con pocas personas. Mi vida empezó a normalizarse. Durante un año estuve alejada del mundo, en mi propio mundo, en mis preocupaciones y sobresaltos. Todo estaba atrás, la universidad, los compañeros de trabajo, los alumnos, la sociedad.

Me fue muy difícil la adaptación de nuevo, sobre todo volver a tomar las riendas de la casa, hacerme cargo del mercado, de la comida, de los desperfectos. Había que pintar la fachada, arreglar las puertas y el jardín. Todo se me hacía cuesta arriba, creí que iba a claudicar. Me acostumbré a que mi hija manejara la casa, los pendientes, los problemas.

Me sentía incapaz de volver a trabajar, de dar clases, de enfrentarme a un grupo. Me veía al espejo y no me reconocía, estaba mucho más delgada y tenía los pómulos sumidos. Me preocupaba mi aspecto físico, cuestión que antes nunca había sido importante. Comprobé que era real, las personas me veían y me saludaban como a alguien que viene de ultratumba. No daban crédito de que seguía viva y bien.

Sufrí más esa nueva adaptación que todos los meses anteriores. Oía constantemente comentarios sobre mi figura: "¡Qué flaca estás!, ¡qué mal se ve!, ¡cómo envejeció!"

La depresión que nunca se presentó durante el año, de pronto se apoderó de mí. Me ponía muy nerviosa cualquier situación, me sentía incapaz de resolver nada.

Comía poco y sólo deseaba terminar para poderme acostar. No dormía, sólo cerraba los ojos. No pensaba. En las noches paseaba por el pasillo.

Acudí a una psicóloga y a un psiquiatra. Ambos trataron de ayudarme, pero al hacerme hablar me removían recuerdos que no deseaba volver a traer a la memoria. Cada sesión me costaba mucho

esfuerzo, quizá más del que había hecho en los cuartos del hospital. Ese año había luchado para sobrevivir, pero no había hecho demasiadas reflexiones sobre mi vida y mi futuro.

Un amigo que sufría de sida me visitaba. Un día me regaló un cassette de música para relajarme. Empecé a escucharlo, primero una vez al día, después lo ponía dos o tres veces. Además de la música se oían unas palabras suaves que invitaban al descanso, a dejarse ir, a sentirse bien.

Eso me ayudó mucho, me encantaba tener que tomar aire y sacarlo, inflar el estómago, voltearme de un lado y de otro del sofá según las indicaciones.

También busqué a un acupunturista, porque me aconsejaron que sería una buena ayuda para poder conciliar el sueño. Nada servía, yo seguía como un buho todas las noches.

Una compañera de trabajo me sugirió que fuera a ver a un brujo, que me hiciera algunas limpias. Lo hice, visité a Javier durante varios meses. El estaba seguro que me habían echado “mucho mal de ojo”. Acepté que me hiciera todas las “limpias” que considerara necesarias. así me la pasé el siguiente año.

Todos los días de la semana tenía alguna otra cita con médicos o brujos. Además, cada mes me tomaban una biometría para controlar las plaquetas, las cuales seguían bastante bajas.

Una amiga que se había ido a vivir fuera de la capital, me llamaba seguido por teléfono y me decía: “debes verte al espejo todos los días y reírte, hazlo en voz alta, para que te suban las plaquetas”. Todos los consejos eran buenos, yo los aceptaba y trataba de llevarlos a cabo. Nada me costaba reírme un rato y me sentía bien.

Ahora que ya han pasado los años y que me han dado de alta, recuerdo lo difícil que fue volver a ser la misma. Presentarme en algún lado o con un grupo sin ser el foco de atención, ni estar a ocho columnas en los periódicos.

Empecé de nuevo a trabajar, lo tomé con calma, solamente acepté una materia. Además resolví continuar con una investigación que había iniciado unos meses antes de mi enfermedad. Me costó mucho esfuerzo, la concentración no era la misma. A veces tenía que leer una misma ficha de trabajo cinco veces sin comprenderla. Había días de una gran desesperación, pensaba que no iba a recobrar mis fuerzas ni mi paciencia nunca más.

Lo importante fue que era un trabajo en equipo y yo lo coordinaba, me sentía comprometida con todos, pero por otro lado los compañeros me daba ánimos, me trataban como si nunca hubiera sucedido nada. Me planteaban sus dudas, me dejaban sus fichas para que yo las revisara. Me obligaron a volver a la normalidad.

A veces redactaba cosas incoherentes, volvía a leer y releer pero no parecía tener sentido lo que escribía. Me sentía amarrada de manos, demasiado presionada por mi formación académica, a todo debía poner nota a pie de página.

Quería claudicar, olvidarme de mi vida anterior y empezar de nuevo. Buscar otros rumbos, otras alternativas.

Empecé a escribir libremente, cada vez que me sentía deprimida o presionada. Al terminar una hoja o una idea me liberaba. Estaba por fin encontrando el camino.

Lo que no había logrado la psicóloga, el psiquiatra o el brujo lo logró la escritora. Diario me sentaba frente a la máquina y salía una hoja tras otra.

Terminé un libro, lo titulé Estados de ánimo.

Recobré las fuerzas y las energías para seguir adelante; encontré otro porqué vivir. Además de la historia había vuelto mi amor por la literatura.

Han pasado tres años desde que me hicieron el trasplante de médula. Me volvieron a hacer una biopsia. El resultado fue: negativo. Ojalá que esa leucemia aguda no vuelva. Lo que sí volvió fue el deseo de vivir y gozar cada instante, de poner en su justa medida aquello que vale la pena. Tomar la vida como viene, sin prisas, sin presiones.

La enfermedad me convenció de que para todo hay tiempo, menos para no tenerlo. Además de que es muy importante querer y manifestarlo, así como perdonar.

Hace poco oí cantar a José Carreras en Londres, en Hampton Court; lo ví recuperado, vigoroso, lleno de vida. Sentí que ambos teníamos algo en común, nos habían devuelto la vida y las ganas de vivirla.

*La vida es un regalo: misterioso  
invaluable y frágil.*

*Cada día es un precioso obsequio,  
una celebración de esperanza.*